

Los rumores de diciembre: saqueos y fogones durante el 19 de diciembre de 2001 en un barrio del conurbano bonaerense.

María Laura Anzorena.

Cita:

María Laura Anzorena (2007). *Los rumores de diciembre: saqueos y fogones durante el 19 de diciembre de 2001 en un barrio del conurbano bonaerense*. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/109>

Título de la ponencia: **Los rumores de diciembre: saqueos y fogones durante el 19 de diciembre de 2001 en un barrio del conurbano bonaerense**

Nombre de la autora: María Laura Anzorena

Referencia institucional: Licenciada en Sociología, maestranda UNGS – IDES

e-mails: ml_anzorena@yahoo.com.ar

LOS RUMORES DE DICIEMBRE: SAQUEOS Y FOGONES DURANTE EL 19 DE DICIEMBRE DE 2001 EN UN BARRIO DEL CONURBANO BONAERENSE

Introducción.

Con un saldo de, al menos, 32 muertos, cientos de detenidos, heridos y la renuncia de un presidente electo dos años atrás por el 48% del electorado y según dictan las normas de la democracia formal, el levantamiento popular del 19 y 20 de diciembre de 2001 se erige como un punto de inflexión en nuestra historia más reciente, abriendo un proceso de conflictividad social que por momentos adquiere características de una verdadera lucha por el control de la vida social. La movilización social durante dichas jornadas, lejos de ser fruto de una acción coordinada, planificada y unívoca, se caracterizó por ser una amalgama de movilizaciones más o menos improvisadas, protagonizadas por los más disímiles actores, demandas y formatos de acciones colectivas de protesta.

Sin embargo, las reflexiones en el campo académico sobre el tema han tendido a poner el lente en la movilización de las clases medias porteñas y las organizaciones sociales, dejando vacante el espacio para la reflexión sobre las acciones colectivas disruptivas del orden, protagonizadas por sectores “excluidos” de las grandes ciudades del país no enmarcados en organizaciones sociales o políticas.

Así, los saqueos a hipermercados y otros comercios del Gran Buenos Aires han sido omitidos como objeto de reflexión relevante y su mención, en general, tiende a reducir la complejidad del fenómeno al presentarlo como resultado mecánico de las necesidades materiales de sus protagonistas y/o la eficacia de un operativo de inteligencia llevado a cabo por el Partido Justicialista. Algunos evocarán entonces la violencia “de las bandas o de los saqueos” únicamente para diferenciarla debidamente de la “violencia con características de una autodefensa legítima” de las organizaciones piqueteras¹ (Situaciones, 2002:63). Otros autores preferirán confeccionar un *continuum* que vaya de lo pre político a lo político, para ubicar a los saqueos en el primer eslabón de una cadena que termine, por fin, en cacerolazos y asambleas (Cafassi,2002:98)². Entendemos que la participación del PJ como un actor central en la organización de los saqueos restó interés académico en el tema e incentivó este afán por ubicarlos en los márgenes exteriores del levantamiento popular del 19 y 20 de diciembre de 2001.

Los trabajos de Javier Auyero, en este sentido, constituyen una excepción³. Sin embargo, el autor centra su interés en echar luz sobre los nexos entre saqueadores y poder político, es decir “en el rol de los intermediarios políticos en la promoción, inhibición y/o canalización del daño físico a los objetos y personas” (Auyero,2006:346)

Otro es el objetivo del presente trabajo. Entendemos que la masividad del fenómeno evidencia cómo las redes clientelares justicialistas fueron ampliamente rebasadas y, en este marco, creemos que es de vital importancia otra mirada sobre el fenómeno que, sin negar la participación del PJ, recupere en el análisis las voces de mujeres y hombres que protagonizaron estas jornadas así como el complejo entramado de redes sociales, cuyo epicentro es el “barrio”, en el que otorgan sentido a sus prácticas.

Nuestro trabajo se abocará a reconstruir, mediante el relato de sus protagonistas, la dinámica que adquirieron los saqueos y el significado otorgado a los mismos, en dos barrios del conurbano bonaerense. Asimismo, los rumores que condujeron tanto a las acciones disruptivas como al posterior restablecimiento del orden serán de primera importancia en nuestro análisis. Recordemos que tanto el inicio como el fin de los saqueos estuvieron signados por la expansión centrifuga de noticias que corrían de boca en boca. Por la mañana, anunciando el reparto de mercadería en lugares y horarios específicos, dieron cause a la movilización territorial desde los barrios hacia los centros comerciales zonales. Por la tarde noche, advirtiendo el arribo de contingentes de delincuentes a los barrios con el objetivo de saquear hogares particulares, iniciaron el repliegue de las multitudes desde los centros comerciales que estaban siendo saqueados hacia sus barrios de origen donde se montaron, alrededor de fogones, verdaderas guardias de defensa de la propiedad privada.

¿Qué hizo posible que los rumores que provocaron los saqueos a grandes empresas trocara, de un momento a otro, en un rumor de saqueos a domicilios particulares? ¿Qué mecanismos influyeron para que los mismos sectores que logran con su accionar poner en jaque un gobierno, cuando la acción de protesta adquiere carácter político con los cacerolazos porteños, se refugien en sus casas pidiendo orden?

La identificación del Justicialismo y el aparato de estado como “primer emisor” del rumor tampoco alcanza para dar cuenta del entramado de valores, representaciones y sentimientos compartidos sobre los que un determinado *mensaje* no sólo resulta verosímil sino que se erige en sustento de determinadas acciones (y no otras). Como sostiene Zires (1995:169), “para que un rumor u otro texto cobre vida, requiere de otros rumores u otros relatos o girones de múltiples textos, de formas más o menos establecidas que lo preceden, que le otorgan un cuerpo y estructura específica”.

A fin de desentrañar este conjunto de representaciones y valores compartidos que sirvieron de marco de sentido a las acciones de los saqueadores, nos proponemos: indagar el sentido por ellos otorgado a los episodios de saqueo y a la organización de los fogones de defensa barrial; identificar las redes sociales previas por las que circularon los rumores dotándolos de sentido; y dar cuenta del mecanismo por el cuál los rumores de saqueo a comercios pudieron trocar, de un momento a otro, en rumores de saqueos a domicilios particulares generando acciones, a primera vista, al menos contradictorias.

A este fin, realizamos un conjunto de entrevistas a personas que participaron activamente de los saqueos a comercios zonales y/o de la organización de fogones de defensa en dos barrios ubicados al oeste del conurbano bonaerense que, entendemos, presentan algunas características especiales: sus habitantes afirman que no hay redes clientelares del PJ consolidadas⁴ y que los “punteros” no fueron quienes transmitieron las noticias de saqueos durante aquellas jornadas. Estas primeras entrevistas que intentaremos sistematizar en el presente trabajo lejos están de constituir una muestra representativa del universo “saqueadores del conurbano”. El muestreo fue realizado por “bola de nieve” partiendo del grupo de referentes de un centro comunitario barrial en el que se realizan todo un conjunto de actividades de amplia participación comunitaria y, por lo tanto, nuestros entrevistados participan en mayor o menor grado de esta red de resolución de problemas con características singulares.

Por último, huelga decir que no nos guía el afán por encontrar en los saqueos el heroísmo de los sectores subalternos. Sabemos, haciendo nuestra la expresión de Javier Auyero, de los *rastros de la dominación* y las *cicatrices de la miseria*, al tiempo que entendemos inconducentes las divisiones entre *buenos pobres* (políticamente concientes, los que cortan calles) y *malos pobres* (bándalos y herramientas ciegas de las estrategias del poder) que, quizá con buenas intenciones, reeditan algunos científicos sociales. Sostenemos, por el contrario, que las prácticas sociales difícilmente puedan ser etiquetadas de manera maniquea como productos de la cultura hegemónica y la dominación de clase o como resistencia subalterna, sino que deben ser entendidas como resultado de relaciones de fuerza no exento de elementos contradictorios y en tensión.

Preludios para un estallido.

Durante el transcurso del 2001 la profunda crisis financiera y la inminente salida del régimen de paridad cambiaria, quebraba el bloque de poder hegemónico de los años noventa y, en la puja entre los pro devaluación y los pro dolarización, se cristalizaban las contradicciones intraburguesas entre aquellos grupos económicos exportadores y los capitales externos ubicados en las empresas de servicios públicos. La *comunidad de negocios* nacida junto con las reformas estructurales de los noventa y piedra angular sobre la que se erigió el modelo de Convertibilidad (Abeles, 1999; Castellani, 2000)⁵, encontraba en su seno contradicciones insalvables en el corto plazo.

En su caída, el modelo de Convertibilidad aceleraba y profundizaba procesos de larga data que, abiertos con la gestión económica de Martínez de Hoz y la represión militar, habían cobrado nuevo impulso durante el gobierno de Menem.

La crisis del modelo de acumulación instaurado en los 90, el endeudamiento externo y las consecuentes presiones de los organismos internacionales de crédito para profundizar el ajuste estructural, pueden presentarse como los factores macro que, *en última instancia*, activaron el levantamiento de diciembre de 2001. Sin embargo, nuestro punto de partida es que el análisis saqueos en el conurbano bonaerense deben comprenderse también como fruto de experiencias y expectativas compartidas, como un momento de emergencia y dramatización de “redes informales existentes con anterioridad a la visibilidad pública y representaciones culturales compartidas – aunque no siempre cooperativamente construidas” (Auyero, 2001:29).

En este sentido, es necesario resaltar que el proceso de desindustrialización, informalización y deterioro de las condiciones laborales implicó una radical transformación en la identidad colectiva del mundo popular urbano que durante décadas se había estructurado en torno a la “dignidad del trabajador” y la historia del sindicalismo peronista (Svampa, 2005:159). La caída de la sociedad salarial y sus colectivos protectores abrió paso al proceso de reterritorialización de las relaciones sociales y la emergencia del “barrio” como el espacio de interacción entre diferentes actores sociales (reunidos en comedores, salas de salud, organizaciones de base, formales e informales, comunidades eclesiales, ONGs) y lugar privilegiado para la acción y organización de los sectores populares (Svampa,2005; Merklen,2005) pero también para la diseminación de las redes políticas de resolución de problemas del PJ, que en tanto “máquinas ideológicas” tienden a reproducir las relaciones de dominación en las que se fundan (Auyero, 2001:191).

Este entrecruzamiento entre redes clientelares y organizaciones sociales es el marco en el que se conforma lo que Denis Merklen denomina la nueva “politicidad” de los sectores populares, en la que lo político y las nuevas formas de sociabilidad se entremezclan, siendo un elemento constitutivo de la identidad de los individuos:

“El concepto engloba al conjunto de sus prácticas, su socialización y su cultura política. La politicidad así definida es constitutiva de la identidad de los individuos, y por esta razón evitaremos las fórmulas, más frecuentemente empleadas, de “relación con lo político” o de “identidad política”. En éstas, lo político aparece como una dimensión autónoma de la vida social con la que los individuos entrarían en relación” (Merklen, 2005:24)

Según el autor, saqueos, asentamientos, piquetes y estallidos constituyen un “nuevo repertorio de acción” colectiva de las clases populares argentinas que comparten la característica de ser todas movilizaciones de base territorial (Merklen,2005).

Los saqueos del 19 y los rumores del día.

Me parece que fue un chico el que pasó y me dijo. ¿Sabés que no me acuerdo? Pero la cuestión es que yo dejé la escoba y me fui. Así tranqui, como quien no quiere la cosa...

Según cuentan los entrevistados, ocho fueron los comercios (entre hipermercados y mueblerías) saqueados en Villa Tesei y Hurlingham durante la jornada del 19 de diciembre. Con los televisores de fondo mostrando imágenes del interior del país, ya durante la mañana comienza a llegar a las casas de los barrios San Jorge y Nuevo Parque Quirno el rumor de que empezaban los saqueos en la zona. Ninguno de los entrevistados recuerda cómo se enteró exactamente ni quien le avisó, “alguien iba y avisaba pero nadie sabe quien”. Simplemente “se corría la bolilla”.

Lejos de ser receptores pasivos de la información, muchos entrevistados narran cómo iban haciendo circular la noticia de que “daban mercadería” a fin de que la participación en el saqueo fuese masiva. Así, al preguntarle a Néstor sobre sus recuerdos del saqueo éste nos respondió “¿Qué **toma**? ¿Esa que organizamos nosotros prácticamente?”

P: ¿Cómo fue que te enteraste que estaban saqueando?

Cristina: Porque vino Jorgito (el hijo) y me avisó que había saqueo en Carrefour. (...) Les dije a los vecinos para ir y no querían ir. Dije: Dale, vamos, vamos, vamos. Y entonces se animaron a ir todos los vecinos a Carrefour. Y fuimos a Carrefour

P: ¿Cómo se enteraron de que iban a saquear Carrefour?

Juan (27 años): Corrió la bola.

Nestor (54 años): (...) Nosotros íbamos caminando le íbamos diciendo a los de la villa “mirá que ahora van a dar mercadería”

Olga: Y claro, todo el mundo se fue a Carrefour.

P: ¿Y corría la bola de que iban a dar o a saquear?

Juan: Que iban a saquear.

Olga: Que iban a dar

Nestor: Que iba a regalar. Acá decían que te iba a regalar mercadería. La primera bola que se corrió era esa. “están regalando”.

Los entrevistados admiten en tono de denuncia la participación de la municipalidad y el PJ en la movilización de las personas hacia los supermercados. Sin embargo, afirman que ese no habría sido el caso de sus propios barrios que ellos definen como “apolíticos” y donde no identifican redes clientelares consolidadas. Aún cuando existen militantes justicialistas respondiendo a políticos locales, estos no habrían participado en la propagación intencional del rumor.

Cecilia: De hecho acá hay testigos de sobra de la gente que vive enfrente del sindicato de Municipales que las camionetas iban y venían trayendo cocinas, heladeras. Entonces escuchame, esto fue un robo organizado, no me digas que era hambre. Y lo se porque conozco punteros políticos y ellos mismo lo dicen.

Pregunta: ¿Y acá en el barrio lo corrió la Minio (referente del PJ en Parque Quirno)?

Cecilia: No, no.

Delia: No, no, no.

C: Acá corrió solo. Era un reguero de pólvora.

Otro elemento que es importante tomar en consideración para explicar la rapidez con que corrieron las noticias aquella tarde es la transmisión por los medios de comunicación de saqueos en otras provincias ya que tuvo gran peso para otorgarle verosimilitud a la noticia local, dándole legitimidad indiscutida y totalizante. De hecho, al preguntarle a las personas como se enteraron que estaban saqueando la primera respuesta fue, en muchos casos, “por la tele”.

Sin embargo creemos que el factor que operó con mayor fuerza fue el primer contenido que adquirió el rumor. Como dijimos, lo que se transmitía de boca en boca en muchos casos no era el *saqueo* del supermercado sino el *reparto* de mercadería por parte de la empresa. Las posibilidades de que efectivamente estuvieran regalando mercaderías eran escasas, como reflexionaba un entrevistado: “Yo sabía que iban a saquear ¿Quién te va a dar?”. No obstante, de esta forma el rumor habilitaba y servía de justificación a la movilización hacia los hipermercados de mujeres y personas que, según refieren, no participarían de este tipo de acciones de manera premeditada. Se iba a “chusmear”, a ver “si ligaban algo”.

Yolanda: Yo le dije vamos y fuimos a mirar. Si hay algo que nos dan... porque primero decían que estaban repartiendo mercadería, no decían que estaban saqueando, decían que estaban dando. Y bueno, vamos a mirar, si nos dan nos dan. Y nos fuimos. Cuando llegamos ahí vimos el desastre que había. Piedras por todos lados, una parte del alambrado de la parte de atrás del Carrefour estaba volteado,

La noticia de que *están repartiendo mercadería* se inserta en un repertorio de acciones cotidianas de subsistencia, al tiempo que la comunicación *boca en boca* es un engranaje fundamental para la buena salud de las “redes de resolución de problemas” sean estas de carácter meramente asistencial, religioso, político partidario o con características de horizontalidad y autogestión: mediante el rumor uno puede enterarse de la hora y el lugar de entrega de mercadería por parte de la municipalidad o Cáritas, de la celebración de un acto político, de un corte, del horario de la reunión de la murga en la que participan, de una asamblea para organizar junto a una ONG el mejoramiento de las viviendas del barrio, de la entrega de subsidios, etc.

Así, la rapidez y la credibilidad con que se esparcen estos rumores encuentran su razón de ser en la historia de las “novedosas” relaciones clientelares que el Justicialismo en el gobierno, vía municipalidad y mediadores políticos, ha ido tejiendo con sus bases sociales de los barrios pobres, villas y asentamientos (Auyero, 2001); pero también en todo un conjunto de nuevas formas de sociabilidad emergentes en el marco del proceso de desinstitucionalización y descolectivización en el que se sumió la sociedad con la caída del pleno empleo y el Estado Social, que rebasa ampliamente a las redes clientelares e incluye en muchos casos, por ejemplo Nuevo Parque Quirno y San Jorge, organizaciones con características autogestivas y con amplia participación barrial, que son vividas

en muchos casos como el espacio de militancia política (la murga, el comedor, la organización de un nodo de trueque en el 2001, etc)

Estos circuitos informales de producción y difusión de información, elemento vital de redes de resolución de problemas preexistentes, jugaron un papel central en las jornadas del 19 y 20 de Diciembre de 2001. Creemos, por lo tanto, que los rumores (y las acciones que éstos desencadenaron), nacen ya preñados de sentido no sólo por el hecho de que el mensaje haya sido producido con una intencionalidad política, sino también por el carácter político del circuito a través de los que se diseminaron. En este sentido sostenemos que las noticias del saqueo circularon y se constituyeron en el marco de lo que podríamos denominar una *economía moral del abastecimiento*.

La economía moral del abastecimiento: el significado del saqueo del día y el fogón de la noche

Era como una revolución vamos a decir porque era toda la gente (...) En realidad fue un robo para la justicia porque era tomar lo que no era. Pero fuiste a sacar alimento. No fuiste a sacar otra mercadería como un delincuente. (Cristina, 45 años)
No estaba cagada porque había una banda de gente y era que íbamos un montón, o sea. (...) Pero a un almacén a robar de caño no me iría porque soy cagona, ahí sí soy cagona. (Romina, 21 años)

¿Qué significado otorgaron sus protagonistas a las acciones de saqueo durante el día cuando eran ellos los protagonistas? ¿Cuál por la noche, cuando eran las potenciales víctimas?

Sostenemos que ambas acciones colectivas fueron sostenidas sobre un conjunto de representaciones culturales y valores previamente compartidos en el marco del cual surgieron las nociones legitimantes tanto de los saqueos del día como de los fogones de la noche. En los relatos encontraremos elementos en tensión y múltiples sentidos que, entendemos, deben ser tenidos en cuenta para explicar la forma que asumió la revuelta popular y su posterior desactivación y restablecimiento del orden.

Llamaremos “economía moral del abastecimiento” a este entramado de valores y representaciones culturales previas. Por una parte, la noción de *Economía Moral* que E. P. Thompson utilizó en su análisis de los motines campesinos durante el siglo XVIII, nos permitirá poner énfasis en la pregunta por las configuraciones culturales que median entre los elementos estructurales que explican, en *última instancia*, una revuelta de masas y la forma efectiva que ésta adquiere. En contraposición a una *visión espasmódica* de la acción directa de masas, que sostiene que el hambre, como estímulo, es suficiente para desencadenarlas, este autor se pregunta: “¿qué es lo que hace la gente cuando tiene hambre?, ¿De qué forma las costumbres, la cultura y la razón modifican su comportamiento?” (Thompson, 2000: 215). A esto responde que es posible detectar, en casi toda las

acción de masas de la Europa del siglo XVIII, nociones legitimadoras, costumbres, derechos con amplio consenso en la comunidad. A estas normas y obligaciones sociales, tomadas en su conjunto, el autor las acuña como una economía moral de los pobres o de la multitud, que supone nociones del bien público consensuadas y sostenidas por la comunidad, y que tienen su basamento en parte, en la tradición paternalista de las autoridades, y en parte, en una economía de subsistencia: “Un atropello a estos supuestos morales, tanto como la privación en sí, constituía la ocasión habitual para la acción directa”. (Thompson, 2000: 216).

Por otra parte, nos apoyaremos en los trabajos de D. Merklen (2005) y G. Kessler (2004), abocados a desentrañar las nuevas lógicas de acción y racionalidades emergentes en el marco de los procesos de individualización, producto de la desinstitucionalización y descolectivización de los actores sociales en la Argentina actual, donde un amplio sector de la población debe, para reproducirse materialmente, desarrollar estrategias, establecer obligaciones recíprocas, integrarse en entramados de solidaridades.

Salir a saquear ¿justicia o delito?

¿Cuál es la lógica que operó durante los saqueos como fuente de legitimidad de la violación al derecho de propiedad? Las respuestas dadas por nuestros entrevistados distan de ser unívocas e, incluso, dentro de un mismo relato podemos encontrar elementos en tensión.

En algunos casos, uno de los fundamentos de la acción se relaciona de manera directa con la crítica al modelo económico y la clase política por lo que los saqueos son vividos como un acto de insubordinación contra quienes son visualizados como los responsables y beneficiarios del orden político y económico: el gobierno y las empresas multinacionales.

Juan: (¿Por qué creo) que tengo derecho a entrar ahí? Y porque veníamos en una situación que era dudoso si ibas a comer al otro día y no era que era igual para todos lados y que Carrefour se estaba quebrando. Todas las multinacionales se seguían llenando de guita y nosotros cada vez más de hambre. Era así de corta. (...)

No se podía sostener más. No había más deuda que cobrar, ni que pagar, nada. Estaba todo al rojo. Encima este viejo estúpido. Una que te viene el corralito y después hay toque de queda, no pueden salir a la calle. Estás enfermo, estas enfermo. ¿No te das cuenta que la gente no te quiere más? Toque de queda, nadie sale a la calle y en cinco minutos tenés Plaza de Mayo llena de gente.

Sin embargo, éste discurso no es el predominante en las entrevistas, siendo la situación de “miseria total” y la emergencia alimentaria el elemento que atraviesa al conjunto de las respuestas. En este contexto de desocupación y privación, el derecho al alimento es la primera noción legitimadora de la violación colectiva de la ley.

En este punto, resulta significativo tomar en consideración ciertos elementos que distancian los relatos y reflexiones de los entrevistados de mayor edad, de los de

aquellos más jóvenes. Las diferencias gravitarán, sobre todo, en torno de las representaciones de la ley y los actos delictivos. A la hora de explicar su participación en los saqueos de diciembre, los más jóvenes, que han crecido bajo la égida del neoliberalismo y la sociedad de consumo, cruzan elementos de crítica social con cierta naturalización de las acciones delictivas. Por momentos, su accionar no requiere de muchas “justificaciones” extraordinarias. Se participó porque era posible hacerlo. Los saqueos representaban, en buena medida, el cese del poder de control de la policía, institución estatal con la que mantienen asiduo contacto estos jóvenes y a quienes visualizan, en muchos casos, como enemigos en su vida cotidiana. En este sentido, es interesante reproducir una discusión entre Cecilia de 46 años, quien no dejó que ninguno de su casa fuera a saquear, con su hija de 22 años y su ahijada de 20:

Pregunta: para vos ¿Cuál es la diferencia entre saquear o robarle a un almacén?

Romina (20 años): Ahí soy más cagona, ahí sí que soy cagona. **Ahí no iría a robarle a un almacén porque soy cagona.** Pero si me decía que voy a...yo te pongo Yeiko porque yo fui a Yeiko, sí iría porque fui en un grupo, bueno, no estaba cagada porque había una banda de gente y era que íbamos un montón, o sea. (...) Pero a un almacén de caño no me iría porque soy cagona, ahí sí soy cagona.

Cecilia (46 años) ¿Pero por qué? ¿Por qué no irías a apretar a un almacén?

R Porque no, porque me llevan presa.

C: En el saqueo también. (...)

Jessica (22 años) Es diferente cuando son muchos, como que... decís, bueno vamos son cien personas adentro de un supermercado, o casualidad, ¿justo a mí me van a llevar?

Mediante los conceptos *lógica del trabajador* y *lógica del proveedor*, elaborados por G. Kessler (2004), creemos que es posible dar cuenta de estas distancias generacionales: “La diferencia fundamental entre una y otra está en la fuente de legitimidad de los recursos obtenidos, que, en la lógica del trabajador reside en el origen del dinero; el fruto del trabajo honesto en una ocupación respetable y reconocida socialmente constituía, a pesar de lo simple de su enunciado, uno de los pilares sobre los que se edificaba la cultura de los sectores populares (...) En la lógica de la provisión, en cambio, la legitimidad ya no se encuentra en el orden del dinero, sino en su utilización para satisfacer necesidades”. (Kessler, 2004:41) Las causas de este pasaje de la lógica del trabajador a la lógica del proveedor, no habría que buscarlas, según el autor, únicamente en la ausencia de trabajo para los jóvenes de las clases populares sino también en las características de éstos cuando se consiguen. Trabajos temporales, inestables, precarios no pueden erigirse, como antaño, en el soporte de una inscripción social sólida y, en este contexto de vulnerabilidad, la distinción entre lo legal y lo ilegal se desdibuja, y la alternancia trabajo-delito pasa a ser una práctica relativamente naturalizada entre los jóvenes de los sectores populares (participen efectivamente o no de ellas) cuando la legitimidad de sus acciones se encuentra en que estas habilitan el acceso al mercado.

Por el contrario, los entrevistados de mayor edad como aquellos que, aún siendo jóvenes, este es el caso de Juan, han tenido una trayectoria laboral más estable, un oficio y proviene de una familia de clase media empobrecida, su participación

en los saqueos se funda en una *ética del trabajo cuando no hay trabajo*, por lo que requiere de una referencia al desempleo y la pobreza generalizada que presenten estas acciones como legítimas y extraordinarias.

Cristina: La situación era de miseria total. Si andábamos cirujeando para poder comer. Miseria total. Mi marido no tenía trabajo, yo no tenía trabajo, así que salíamos a cirujear con mi comadre, con mi cuñada, con mis hijas, salíamos a cirujear. Con mi cuñado. Juntábamos la plata por semana y comprábamos mercadería para repartirla porque ninguno tenía trabajo. (...)

Era como una revolución vamos a decir porque era toda la gente. No era que..que íbamos...**En realidad fue un robo para la justicia porque era tomar lo que no era. Pero fuiste a sacar alimento. No fuiste a sacar otra mercadería como un delincuente.** (...) En realidad, acá toda la gente, los que fueron, fueron a buscar comida. A sacar comida.

Juan: Y cuando vos e ponés a sacar cuentas ¿El de acá enfrente labura? No, está desempleado ¿El de acá al lado labura? No, está desempleado. ¿Y el de acá pegadito que tiene un taller? No, está desempleado. Entonces vos decís, no es que hay gente que no quiere laburar. No había laburo. (...)

Pregunta: vos no es que vas de caño a un supermercado a afanar. ¿Cuál es la diferencia?

Juan: La diferencia es un montón.- Es que estábamos todos considerando que teníamos el derecho de ir a una multinacional a robarle todo..."

Vemos entonces que, a diferencia de los más jóvenes, los entrevistados de mayor edad señalan de manera contundente todo un conjunto de diferencias entre un *robo* y un *saqueo* y, por consiguiente, entre un "necesitado" y un "ratero oportunista". La frontera entre legitimidad e ilegitimidad parece anclarse en que los objetos robados sean comestibles, que permitan satisfacer la necesidad más básica para la reproducción de la vida. Discursivamente, lo único legítimamente saqueable para los entrevistados es el alimento y esto únicamente porque existe una situación "extraordinaria" de miseria, irán casi obligados, "por necesidad".

Ante la pregunta por la diferencia presentada entre un robo y un saqueo, la respuesta es simple: "Y que uno está robando y el otro está robando también pero mercadería. Ahí está la diferencia". El robo de comida es presentado como un acto socialmente aceptable e inclusive la condena legal sería menor: "Si robás mercadería es excarcelable, robar un equipo de audio no (...) Vos te sentás en un restaurante y te llenás la panza así, no te pedís ni un vino, ni una gaseosa, te van a hacer lavar dos mil millones de platos pero preso no vas a ir". El vino, la gaseosa, el equipo de audio serían objeto de robo de un "avivado" o "delincuente". ¿De donde brota esta "evidente" legitimidad del robo de comida? La implantación del modelo neoliberal en Argentina, ha despojado a gran parte de la población de un conjunto de bienes materiales y simbólicos que, sobre todo vía empleo y Estado, servían de soporte a la integración social. Sin embargo el retiro del Estado encontró su límite en la asistencia alimentaria. La Caja PAN (Plan Alimentario Nacional) durante el último periodo del gobierno de Alfonsín fue la primera experiencia de este tipo mencionada por los entrevistados. A partir de ese momento, y sobre todo a partir de 1995, este tipo programas pasaron a ser

imprescindibles para la subsistencia: el Plan Vida, el PROMIN, el Pro Huerta, el retiro de mercadería de la municipalidad, el comedor del colegio.

Frente a la crisis de la sociedad salarial y el Estado Social, que canalizaba las protecciones sociales vía derechos del trabajador, estos programas de asistencia alimentaria así como todo un conjunto de nuevas prácticas filantrópicas, se basan en un discurso dominante que tiene por función construir a los trabajadores desocupados, víctimas del modelo de exclusión, como “pobres”. Paradójicamente, la “ética del trabajo” cobrará fuerza pero ahora para cumplir la función de separar a los buenos pobres, quienes quieren trabajar aunque, circunstancialmente, no puedan hacerlo por lo que merecen asistencia alimentaria; de los “malos pobres”, quienes no merecen la ayuda estatal en tanto que su situación es producto de su desprecio por los valores de la sociedad: no quieren trabajar. (Bauman,1999)

La “economía moral del abastecimiento” surge en parte como una reapropiación selectiva de elementos de este corpus más amplio por lo que también lleva a reproducir la distinción que señalan los entrevistados entre “necesitados” y “rateros oportunistas”.

Sin embargo, vimos como la frontera entre las actividades legales e ilegales se fueron diluyendo, sobre todo entre los más jóvenes, en la tarea diaria de la subsistencia. Así, los saqueos se convierten en una experiencia sumamente “ambigua” para sus participantes: mientras que en el discurso los entrevistados sostienen que lo único legítimamente saqueable es la mercadería comestible (lo único que saquearía un “buen pobre”), en su práctica concreta no se limitaron a ello, sintiendo en carne propia la sanción social por ser “malos pobres”.

Miriam: Pero una vergüenza porque no vine por donde siempre yo voy ¿viste? Y una del departamento me decía “Chorra, que te llevas eso, como si fuera que eso te va a dar de comer esas cosas” Me cagó re a pedos, me gritaba la piba. Tenía razón porque si yo me jugaba ponele, tenía que ser por algo que... por comida, por una necesidad, esa necesidad de silla ¿Qué necesidad voy a tener?

Veremos que el rumor de saqueos entre barrios viene a “des-ambiguar”, de la manera más dramática esta experiencia.

Los rumores de la noche y los fogones antisaqueos.

Cecilia: Yo dije, acá quiere entrar uno y le voy a romper la cabeza, que se yo. Un obrero no le puede robar a otro obrero. A mi me parecía eso lo terrible.

Yolanda: Un desocupado no le puede robar a otro desocupado (risas)

C: Es terrible eso, es la guerra entre pobres. Si hubiese sido verdad, es aberrante. Entonces yo decía: si alguno quiere entrar le rompo la cabeza.

¿Cómo se desactivaron los saqueos? Aún antes del decreto de estado de sitio, la represión terminó con dos muertes en el Gran Buenos Aires y cientos de heridos y detenidos. Los entrevistados, incluso, hablan de “muertos no registrados” por los

conteos oficiales. Una de las entrevistadas, que fue al hospital de Hurlingham durante esa tarde, relata la situación como “un caos, una cosa impresionante, patrulleros, un desastre” en la que un niño perdía un ojo, otros eran internados en terapia intensiva mientras la policía detenía mayores y menores “todos del saqueo”.

Asimismo, sobrepasadas sus instalaciones, la comisaría Primera de Villa Tesei albergaba detenidos en oficinas y pasillos, y, si bien la mayoría fueron liberados durante el transcurso de la noche del 19 y la mañana del 20 de diciembre, cinco personas cumplieron penas en prisión de entre 5 meses y un año y medio. En sus causas pesó como agravante que el robo haya sido cometido “en banda”.

Sin embargo, los entrevistados sostienen que la “normalización” de la situación no fue producto de la represión. De hecho, al preguntarles si tuvieron miedo al accionar policial la respuesta casi unánime fue que no. La masividad, la bronca, la juventud, fueron las respuestas para explicar la resistencia a la represión, pero, sobre todo, la sensación de control de la situación:

Nestor: Nosotros hablábamos con la policía “dejate de joder, andá y pedí mercadería para la gente antes de que se arme la podrida”. La policía se portó bien.

Juan: no podía reprimir porque iban a ser reprimidos. Era corta. No le daba... Había un grupo de diez policías y alrededor 2000 personas con carritos sacudiéndolo así. O sea que alguna impresión de debió dar. “No, tratemos de hablar, que se yo” No sabían ni como hablar.

Yolanda: Porque la gente a pesar de todo lo que había pasado en Carrefour que ya había forcejeo con la policía que hubo piedrazos, que hubo detenidos, que se yo, iba generando más bronca en la gente. Entonces la gente no se corría de alrededor del Carrefour. Era todo el Carrefour rodeado de muchísima gente.

Por el contrario, el orden social será reestablecido cuando aquellas redes sociales-barriales que sirvieran por la mañana de corredera de los rumores de saqueo a los supermercados, se activen por la tarde noche para anunciar un cambio de roles: venían a saquear el barrio. Con igual celeridad que por la mañana y la tarde, los lugares y horarios de saqueos transitaban de boca en boca, por la noche corrió el miedo. De barrio Mitre, Podestá, Fuerte Apache, La Juanita, Ciudadela o la Carlos Gardel, otros iguales de pobres que ellos “venían para acá”.

Juan: El rumor era que ya venían rompiendo todo. O sea que alguien había zafado de esa muerte, de esa batalla campal y había venido ensangrentado a contar. ¿Entendés? Porque eso es lo que parecía. (...) no te deja de entrar el miedo. A una idea estúpida que la dicen cuatrocientos estúpidos, no es lo mismo que venga uno y te diga: che, me parece que van a chorear a que vengan todos a decirte Che, me parece que están por venir. ¿entendés? Te paranoiquea (risas) Vos, seas un ser racional, tarde o temprano te terminás persiguiendo. Es así.

Nestor: pero si viene una mujer histérica gritando y corriendo con todos los chicos, en camión y en patas. La gente que estamos alrededor ¿Qué vamos a pensar? Vio algo. Entonces hagamos algo Toda atemorizada.

Si durante la tarde la violación a la propiedad privada era legitimada por la injusticia del modelo de exclusión responsable de la desocupación y la “misericordia total” y por violación al derecho a la alimentación; por la noche, la gente abandona las calles y la escena pública para defenderse en tanto propietarios amenazados. Ya perdida la capacidad de impugnar el orden político, la televisión dejaba de multiplicar sus rostros, necesidades y reclamos para enfocarse en los reclamos, no más organizados pero sí más unificados y politizados de las clases medias porteñas mientras los barrios se organizan para defender la propiedad y la vida de sus vecinos: “¡las mujeres y los niños adentro y los hombres afuera a pelear por sus casas!”. Las puertas de casas humildes y ranchos son cerrados con llave y las pocas pertenencias, incluso las adquiridas durante los saqueos, son escondidas:

Yolanda: cerrar todo y poner llave a la puerta, estábamos todos afuera y ponerles llave a las puertas. Nunca ponemos llave. Ahí en el barrio no se acostumbra poner llave. Dejás abierto. O sea, la dejás arrimada, la ponés así pero abierto. Siempre es así.

Romina: Guardé los pañales bajo la cama y en el ropero. Lo único que tenía era los pañales. Yo cuando entré (a saquear al supermercado) lo primero que saqué fue pañales, pañales, pañales. (...) cuando nos dijeron que iban a saquear, bueno, yo lo único que tenía eran los pañales, bueno, guardé debajo de la cama y en los roperos.

Los jóvenes, los hombres y las mujeres más osadas se reunían alrededor de fogones encendidos en cada esquina y recolectaban los más disímiles elementos de defensa. Un verdadero arsenal popular es descrito por los entrevistados: palos, martillos, gomeras, agua hirviendo, pilones de piedras, machetes, cuchillas, hierros, masas, ametralladoras y revólveres. Asimismo, se organizaban sistemas de patrullaje y vigilancia en los que un tiro al aire o un petardo arrojado al fuego, eran las señales de alerta de un fogón a otro. Cual Estado de Naturaleza hobbesiano, en esta situación de “guerra de obrero contra obrero”, de “desocupado contra desocupado” (como es nombrada por los protagonistas), el miedo era el sentimiento compartido y los vecinos hacían propias las funciones estatales de custodia de la vida y la propiedad.

Los rumores del día y de noche, elementos en común.

Pasados ya más de cuatro años, los vecinos de Quirno y San Jorge se ríen por haber creído la posibilidad de un saqueo en sus barrios. No iban a “Hurlingham centro, venían para acá”. “¡Que teoría estúpida!” “¿Qué nos van saquear?”. Sin embargo, la noticia logró propagarse con la fuerza de una realidad inminente. ¿Cuál fue la fuente de verosimilitud del rumor nocturno? Sostendremos que de la misma “economía moral de abastecimiento” que sirvió de fuente de legitimidad de los saqueos del día.

Hemos dicho que la frontera entre la legitimidad y la ilegitimidad, entre el “necesitado” y el “ratero oportunista”, era demarcada por la legitimidad de la necesidad que pretendía satisfacerse por medio del saqueo. La alimentación es la única necesidad que legítimamente ha de ser satisfecha por cualquier medio y, por lo tanto, la comida era el único objeto saqueable legítimamente. Señalamos,

asimismo, que este consenso forma parte del discurso hegemónico y que todos aquellos que se corrieran de sus límites sentirían el peso de la condena social al ser catalogados como “ratero”, “delincuentes”, “chorros” tanto por aquellos que participaron de los saqueos como por los espectadores externos.

El discurso de la clase política y la prensa también reproducía este carácter dual de los saqueadores introduciendo una variable: lo que caracterizaba ahora a un “oportunista” no eran los objetos que saqueaban sino su intencionalidad política. Fernando De la Rúa durante el anuncio del estado de sitio por cadena nacional, ponía énfasis al señalar la diferencia entre “los necesitados” y los “grupos enemigos del orden” (Clarín. 20/12/2001) y la editorial del diario La Nación del día 20 de diciembre describía a los protagonistas de los saqueos como “personas de muy bajos recursos, detrás de los cuales hubo indudablemente activistas que los exhortaron a violar la ley y a cometer los delitos”. Sin embargo la lógica fundamental se sostiene: hay cierta comprensión por los “necesitados” y las personas “de muy bajos recursos”, en la medida que no serían protagonistas activos de sus acciones sino “víctimas” ya sea de sus propias necesidades materiales o de la manipulación de los “enemigos del orden”. Sobre estos últimos pesaba la condena social.

Así, en tanto que la acción colectiva se sostuvo en una reapropiación de ciertos elementos del discurso dominante de “ayuda al necesitado”, el mismo discurso demarcará los límites del saqueo como acción propiamente política, en tanto que abre entre el “nosotros” (víctimas del sistema) y un “ellos” (responsables), la posibilidad de emergencia de un tercer elemento: los “oportunistas”.

Aquí vale la pena detenerse y preguntarse quiénes eran estos “oportunistas” para las personas que protagonizaron los saqueos. Cuando los entrevistados hablan sobre quienes no respetaron los límites de un saqueo legítimo, lo hacen en referencia a personas con nombre y apellido, vecinos a quien los une un lazo de afecto, familiares directos, en fin, otros iguales que ellos. La anécdota relatada risueñamente por José, un adolescente de 12 años, es una fiel ilustración de lo antedicho: “Iba con el remisero la madre del Chitu, viste, y dice: ¡mire esos negros de mierda andan saqueando, eso no es hambre!, dice, y se iba corriendo el Chitu con el sillón. El hijo iba con el sillón”.

Más aún, en un mismo relato puede sostenerse la legitimidad de sus actos porque **“No fuiste a sacar otra mercadería como otros delincuentes que se sacaron un televisor, se sacaron cosas que nada que ver con la comida”** y al mismo tiempo señalarse que **“y yo agarré y me saqué un carbón y una máquina para cortar el pasto a mi marido”**.

El relato de Miriam, en este sentido, es sintomático. Ama de casa con cinco hijos, participó de los saqueos. Si en un primer momento se acercó al centro comercial para “chusmear”, una vez allí se encontró con “dos sillitas ahí como diciendo *Miriam llevame*”. ¿Ella sería entonces lo que todos los entrevistados llamaron, y ella sostiene, una “ratera oportunista”? Aunque durante todo su relato ella explica que se arrepiente de haber participado en lo que considera en todas sus formas

igual a un robo, al preguntarle por el motivo de su arrepentimiento parecen cruzarse dos racionalidades, difícilmente compatibles.

¿Vos encontrás alguna diferencia entre robar y saquear?

Es lo mismo. Sí porque es una cosa que ¿Por qué vas a ir a robar si no te pertenece a vos? (...)

Pero te sentiste mal por la vergüenza

Más por la vergüenza. Porque no me jugué por algo grande de última. Ponele que si vos me criticás yo me hubiera cagado. Bueno, esta se robó una tele, bueno me critican porque robé una tele, por lo menos me jugué por algo grande. Bueno, no me lamento, pero me jugué por algo grande, pero no me animé. Pero estamos en la misma, estuve mal. Porque por más grande o chico que fuera yo no debería haberme traído nada. Entonces la gente me miraba y yo no sabía dónde meterme. Pero mirá que tarada, como se nota que nunca robé. (...) No sirvo.

(...)

Y volviste después al barrio

Medio contenta y medio asustada venía.

Miriam se debate entre arrepentirse por haber sido parte de la “violencia” por la cual “hubo gente que salió lastimada” y no haber sido lo suficientemente hábil para robarse “algo grande”, “una tele”. Se debate entre el arrepentimiento por haber robado y la lamentación por “no servir para eso”, en fin, parece quedar encerrada en los límites del discurso dominante: se es ladrón o se es decente, ya no hay posibilidades de saqueo como formato de acción colectiva de protesta legítima contra un orden social excluyente.

Lo que nos interesa señalar es que la posición en la que quedan quienes participaron de los saqueos es sumamente ambigua: el “necesitado” y el “delincuente” encarnan las más de las veces en las mismas personas o al menos en el mismo grupo.

Por lo tanto, si por la noche los saqueos ya no eran una respuesta legítima a un estado de injusticia, sino producto de la irracionalidad de “bándalos”, “monos”, “vagos”, fue porque el rumor de saqueos entre barrios logra restaurar los sentidos hegemónicos del orden social, haciendo que la lógica equivalencial que primó durante el día (somos iguales en cuanto a la posición social y frente a otro que viola nuestros derechos) sea desplazada por la lógica de la diferencia (aunque sea igual a mí en cuanto a su posición social, el que “viene a saquear” es un otro por ser delincuente):

Juan: No, es que en un momento así te cabe que la gente se descontroló y que no sólo van a saquear supermercado si no que van a pasar y saquear por donde pasen. Porque por ahí ya no es el pueblo. Es un grupo de descontrolados. ¿Entendés? Que se yo.

Cecilia: (...)Encima que me costó tanto comprar todo esto y me lo van a venir a robar. Y otro igual que yo, un muerto de hambre igual que yo. No es que me lo va a venir a robar.. No un ladrón.

El rumor nocturno, sostenemos, logra imponerse y reestablecer el orden social vía organización de fogones de defensa del barrio, en tanto cumple la función de

“desambiguación” de dicha posición. Apoyadas en el trabajo de Patricia Fasano (2005), podemos afirmar que la ambigüedad de la significación de los saqueos a comercios durante el día hace posible la verosimilitud del rumor de saqueos en domicilios particulares de barrios pobres durante la noche. El rumor cumple su función: obliga a los saqueadores a reubicarse como “decente” u “oportunistas”. La organización de fogones, en consecuencia, responde al reposicionamiento de los saqueadores a comercios como “gente decente” tras atravesar una situación de ambigüedad.

Durante la noche, el miedo logra igualar a los “necesitados” y los “responsables del hambre” como “gente decente” frente a otros “oportunistas”/“delincuentes”. El rumor restaurador logra identificar a los habitantes de la villa San Jorge y el asentamiento Parque Quirno incluso con un hipermercado de capitales internacionales, en tanto propietarios amenazados y víctimas del miedo:

Cristina: (...) yo pienso que así como nosotros tuvimos miedo, ellos habrán tenido miedo también los dueños de los mercados ¿no? Supongo. En el momento no lo pensás, pero después cuando pasó o de la noche sí lo pensé. (...)

Pregunta: Vos ves una relación entre lo que pasó a la tarde y lo que pasó a la noche...

Cristina: Claro. El temor, el miedo a que te pasara algo, supongo que ellos habrán pasado lo mismo también como pasamos nosotros a la noche. (...)

P: ¿Y volverías a saquear?

No lo haría porque después me puse a pensar: así como nosotros tuvimos miedo habrá tenido miedo esa gente en ese momento.

Algunas reflexiones finales.

Ante la complejidad del fenómeno que intentamos abordar, estas líneas tendrán carácter de primeras apreciaciones.

En primer lugar, aún admitiendo la participación del PJ y su capacidad para capitalizar el descontento general, entendemos que los sectores populares urbanos fueron protagonistas activos, descartamos de raíz la posibilidad de interpretar este fenómeno en términos de pura “manipulación” y “guerra psicológica” e intentamos rastrear las racionalidades, creencias y valores compartidos previos en los que se articuló los saqueos.

A través del análisis de unas primeras entrevistas, encontramos que los consultados legitiman su participación en los saqueos, fundamentalmente, a través del discurso del derecho a la asistencia alimentaria en el marco de altos niveles de desocupación, abriendo la posibilidad de que se legitimen los saqueos de los “necesitado” y, paralelamente, se condene el robo de los “oportunistas”. Este razonamiento, como vimos, era compartido en cierta medida por el conjunto de la sociedad y su lógica abriría la posibilidad del rápido restablecimiento del orden mediante la circulación del rumor de saqueos entre barrios.

Así, la verosimilitud del rumor de saqueos entre barrios parece hallarse en la distancia entre los elementos legitimantes de la acción de saqueo a los que apelan los entrevistados y su accionar concreto, en el que se manifiesta un reclamo de

inclusión que va más allá de la mera reproducción biológica a la que eran conminados por la lógica de la asistencia alimentaria, en tanto que los saqueos no se limitaron a productos comestibles. Ante esta ambigüedad de la significación de los saqueos a comercios durante el día, el rumor de saqueos entre pobres por la noche cobra verosimilitud obligando a los saqueadores a repositionarse como “decente” u “oportunista”.

Entendemos que si durante los diez años de vida del modelo de convertibilidad, el acceso al mercado (y ya no la participación en la producción social) había señalado las fronteras entre la “inclusión” y la “exclusión” o, mejor, entre el éxito y el fracaso social; es lógico que en su crisis final arrojara a las calles a miles de personas denunciando que el consumo no había alcanzado para todos (de la misma manera que arrojaba a las clases medias altas a romper vidrieras de bancos exigiendo la buena salud del modelo que prometía un dólar por cada peso depositado).

De alguna manera, los elementos de crítica al sistema de exclusión (al gobierno y a las multinacionales) se desvanecieron en las lógicas y valores nacidos como producto de los procesos de descolectivización e individualización, sobre todo en la *lógica del proveedor* y un discurso hegemónico que, basado en la “ética del trabajo”, sirve para distinguir entre los “pobres” a quienes merecen la ayuda estatal de quienes no. En este sentido, la participación en los saqueos no fue vivida únicamente como un momento de solidaridad entre quienes irrumpían en los supermercados sino también como un momento de violencia, competencia e individualismo.

Es importante, no obstante, señalar que en los relatos de los entrevistados, estos sentidos reactualizados permanentemente por las “máquinas ideológicas” de las relaciones clientelares y las políticas de asistencia estatal, se encuentran dislocados permanentemente por otros sentidos, nacidos, entendemos, de su participación en organizaciones populares territoriales que no renuncian a la construcción colectiva y cotidiana de lógicas contrahegemónicas de organización y acción política.

Referencias bibliográficas

- ABELES, M (1999): "El proceso de privatizaciones en Argentina de los noventa. ¿Reforma estructural o consolidación hegemónica?", en *Época. Revista argentina de economía política*. Año 1, N° 1, Diciembre de 1999.
 - AUYERO, J (2006): "La zona gris. Las características políticas de los saqueos de 2001 en Argentina" en Cheresky (comp.) *Ciudadanía, sociedad civil y participación política*. Buenos Aires, Miño y Davila editores.
 - AUYERO, J. (2001): *La política de los pobres. Las prácticas clientelares del peronismo*, Buenos Aires, Ed. Manantial,
 - AUYERO, J. (2002): *La protesta. Relatos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*, Buenos Aires, Libros del Rojas.
 - BAUMAN, Z (1999): *Trabajo, consumidores y nuevos pobres*. Barcelona, Ed. Gedisa.
 - CAFASSI, Emilio (2002): *Olla a presión*, Argentina, Libros del Rojas.
 - CASTEL, R. (1997): *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires, Ed. Paidós.
 - CASTELLANI, A. (2002): "Implementación del modelo neoliberal y restricciones al desarrollo en la Argentina contemporánea". En Schorr, M. Et.al.: *Mas allá del pensamiento único. Hacia una renovación de las ideas económicas en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.
 - COLECTIVO SITUACIONES (2002): *Apuntes para el nuevo protagonismo social*, Buenos Aires, Colectivo Situaciones, Ed. De mano en mano
 - CRAVINO, M. y M. NEUFELD: "Entre la hiperinflación y la devaluación: "saqueos" y ollas populares en la memoria y trama organizativa de los sectores populares del Gran Buenos Aires (1989-2001)" (S/R)
 - DE IPOLA, E. (2005): *La Bemba. Acerca del rumor carcelario*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
 - FASANO, P. (2005): *De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza*, Buenos Aires, Ed. Antropofagia.
 - GODIO, Julio (2002): *Argentina: en la crisis está la solución*, Argentina, Ed. Biblos.
 - KESSLER, G. (2004): *Sociología del delito amateur*, Buenos Aires, Paidós.
 - MERKLEN, D. (2005) *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática [Argentina, 1983-2003]*, Buenos Aires, Gorla.
 - NEGRI, Antonio Et.al. (2003): *Diálogos sobre la globalización, la multitud y la experiencia argentina*, Argentina, Ed. Paidós.
 - SARTELLI, E. (2002): "En la recta final. El proceso revolucionario en la Argentina" en *Razón y Revolución* N° 9, Buenos Aires, Otoño 2002
 - SVAMPA, M. (2005): *La sociedad excluyente. Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Ed. Alfaguara.
 - THOMPSON, E. (2000) *Costumbres en común*, Barcelona, Ed. Crítica.
 - ZIRES, M. (1995): "La dimensión cultural del Rumor. De lo verdadero a los diferentes regimenes de verosimilitud" en *Comunicación y Sociedad* N° 24, pp.155 – 176., México.
-

² La mención de los saqueos en este trabajo se reduce a una nota al pie en la que el autor argumenta: “la desaparición posterior de saqueos señala un camino de maduración de la protesta y de configuración del aún complejo sujeto colectivo, trasladando la acción y el reclamo hacia los centros de opresión, eludiendo enfrentamientos entre víctimas”

³ También podemos mencionar el trabajo de Cravino y Neufeld (s/r) quien ha analizado, en clave comparativa, las memorias de los saqueos del 2001 y del 1989, en dos barrios del conurbano bonaerense. Sin embargo, su preocupación se centra en los saqueos como “experiencia formativa” y “momento fundacional ” de la historia de los barrios.

⁴ Aún cuando identifiquen la presencia de punteros y militantes del PJ, los entrevistados afirman que no es fuerte su presencia y que el barrio es “apolítico”.

⁵ Recordemos que con la asunción de Carlos Menem a la presidencia de la Nación en 1989, se promueve, vía reformas estructurales, la constitución de una nueva y poderosa “comunidad de negocios”, que resolvía la contraposición de intereses de los grandes grupos económicos locales y los acreedores externos, que había actuado en la base de las pujas distributivas de 1989-1991. Mediante la capitalización de deuda pública como forma de pago en la compra de activos estatales, las privatizaciones crean condiciones para detener estas contradicciones intraburguesas, en la medida que los consorcios adjudicatarios estuvieron formados, en su gran mayoría, por conglomerados empresarios locales, un banco acreedor de la deuda externa argentina y alguna empresa transnacional.